

dinero lo tenía tan en nada, que hubiera sido el mayor de los pródigos, si tuviese cualquier vicio; pero jamás se los conocieron los hombres sus contemporáneos; por eso sus hijos tenemos por muy justas, aunque nos merecen toda gratitud, las palabras que nos ha escrito un respetable amigo nuestro, cuyo nombre no inscribimos hoy en esta Revista, porque queremos decir que es un corazón capaz de toda grandeza, y, si lo nombráremos, lo molestaríamos. Este honorable señor nos dice: —Era su muy excelente padre una de las personas más sanas y respetables que conocí en mi vida.—Otro amigo queridísimo nos dá la medida del corazón de nuestro padre cuando nos escribe:—Dios ha sido con él generosísimo hasta lo último.—¿Irá Dios a la zaga del hombre generoso? Nuestro padre no tuvo límite en su generosidad. Dios fué con él misericordiosísimo y larguísimo hasta el fin.

La gran prueba de la grandeza de alma de nuestro padre la hemos recibido en los doce días que ha durado su última enfermedad, desde el primer momento le dijimos que ya era mortal su dolencia, y, a pesar de esto y de haber tenido que sufrir horribles dolores, padecía con tal magnanimidad, que, demostrando una inteligencia que siempre había estado como sombreada por la grandeza de su corazón, nos hacía reír a los que le rodeábamos constantemente, con la oportuna sencillez de sus consideraciones morales o la agudeza de sus frases.

Sus defectos fueron la más gráfica expresión de sus grandes virtudes. Como león rujía airado ante toda injusticia, y, alma de Quijote, si le era posible, acometía, lo mismo ante un pueblo entero, que ante el más elevado de los hombres, que ante un pequeño de siete años. Toda ruindad hallaba una repulsa en su corazón, una protesta en sus labios y un castigo en sus censuras.

Una acción noble, hecha a quienquiera que fuese, lo rendía; un afecto sincero lo cautivaba; y era para verlo cuando abría su corazón de niño y lo dejaba derramarse en la dulzura de sus palabras ó en la suavidad de la mirada blanda de sus ojos azulado verdosos. Jamás intentó cosa alguna por su propia utilidad; es imposible por lo tanto que nadie diga que de él recibió perjuicio. Siempre estuvieron sus manos abiertas para todos los pobres y para todos sus pró-

jimos; por eso es difícil haber vivido a su lado un solo día sin recibir alguna prueba de la grandeza de su corazón.

La graciosa simpatía de su alma se revelaba entre los estudiantes de este Internado de la Divina Infantita, en donde, tras no pocos ruegos y artificios, conseguimos que viviese con nosotros—no quiero comer sin trabajar—nos decía, —y aquí en nada ayudo.—

La sencillez de su alma gigante donde mejor se retrataba era, cuando se le veía delante de Jesús Sacramentado, revelando sus setenta y siete años solamente en la limpia blancura de sus caballos, pues, por lo demás, ni tenía arrugas su rostro ni la más ligera corcoba su cuerpo. El oratorio era su habitación particular. Comulgaba todos los días y visitaba al Rey incesantemente; y cuando le preguntaban, si iba a encerrarse con Jesús, a donde caminaba, él, enseñando su libro de Visitas al Santísimo Sacramento, contestaba sonriendo:—Voy a dar mi lección.—

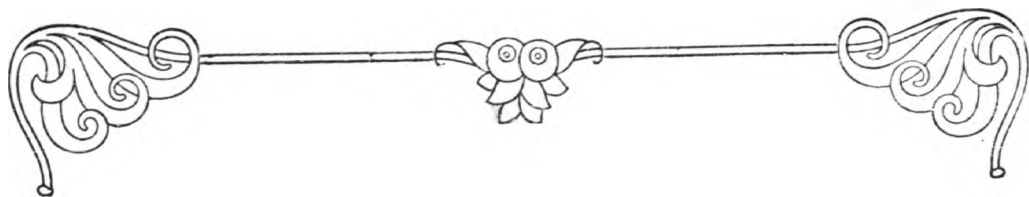
A las dos de la madrugada se despidió de su Maestro, el que a las cuatro había, de recibir el golpe de la muerte, que lo llevó a la presencia de su Amado para siempre jamás.

Dios lo quiso así, El sea bendito.

Sus dos hijos lo amaron con sin igual ternura y conservarán su memoria como la más rica herencia.

*Federica y Francisca.*

En adelante recibirán solamente ESCLAVA Y REINA los Sres. Obispos y Seminarios y las personas que nos sigan manifestando su deseo de recibirla.



# ESTÍMULOS

Hace mucho tiempo veníamos pensando en la publicación de la revista **ESCLAVA Y REINA**.

Por dificultades económicas, unas veces, y, por temor, otras, de no ser oportunos, íbamos dejando pasar el tiempo, sin realizar uno de nuestros mejores deseos.

Quizás hayamos escogido el momento más difícil, pero no estamos arrepentidos; al contrario, muy gustosos y satisfechos, pues recibimos, a diario, estímulos del Episcopado y de otras, para nosotros, respetables personas, que no esperábamos, porque siempre fué nuestro ánimo publicar una Revista humilde, como humildes y sencillas son las virtudes de que nos dá ejemplo la Stma. Virgen Niña, nuestra maestra y protectora.

El Excmo. Sr. Obispo de Orihuela nos ha escrito la siguiente carta:

«Me parece muy bien orientada la revista «**ESCLAVA Y REINA**», siendo su objeto principal procurar el mayor conocimiento de la Sma. Virgen en el periodo de su niñez, según el espíritu mariano del Beato Grignon de Monfort. A este fin tan plausible junta también, aunque secundariamente, el ilustrar al Clero y facilitar su sagrado ministerio. No puede ser más importante el propósito de tal publicación, y, deseando que se difunda, me complazco en aprobarla y bendecirla y oportunamente se recomendará en la sección bibliográfica del Boletín Eclesiástico».

Del Sr. Obispo de Osma es la siguiente manifestación:

«Me es muy grato aprobar y bendecir la hermosa revista **ESCLAVA Y REINA** que ha de dar mucha gloria a Dios y gran honor a la Stma. Virgen y servir de mucho provecho a los sacerdotes y a los fieles».

Al Sr. Obispo de Córdoba le agrada el pensamiento que predomina en la Revista y le augura feliz éxito.

*(Continúa en la página 12).*



(Continuación)

Es muy cierto, nadie debe dudarlo, que para ver las grandezas de María es preciso asomarse al abismo insondable de la divina Maternidad. <sup>(1)</sup>

Que el mar de tu grandeza es conocido,  
habiéndote por madre Dios tomado. <sup>(2)</sup>

Todas las celestiales gracias de la Virgen, todos sus maravillosos privilegios nos hablan de la Madre, de la Madre de Dios. Dios la hizo para que fuese su Sagrario, el Templo donde la Divinidad pudiese manifestarse a los hombres. Ella es ante todo, según la bella frase de su cantor San Buenaventura,

Nidus

Ubi passer solitaris,  
Jesu-Christi, demoraris <sup>(3)</sup>

Por eso no hay alabanza que más le agrade, requiebro que más le complazca, título que más le convenga que el título, la alabanza, el requiebro que espresan estas palabras: Madre del Hijo del Altísimo.

Los angeles y los hombres  
Y si Dios quiere ensalzarle  
Con títulos y renombres,  
No hay otro como llamarle.  
Mater Dei. <sup>(4)</sup>

En los eternos, divinos consejos, María es siempre la Madre de Dios. Ella jamás se separó de su Hijo en la elección divina. <sup>(5)</sup> Esta Maternidad asombrosa no es un accidente de su vida, es su propia constitución, yo pudiera decir que es Ella misma. <sup>(6)</sup> Por eso nadie debe extrañarse de que se le haya dado tanta gracia, que por ella fuera ca-

paz de concebir y dar a luz a su propio Criador. (7)

Porque María había de ser su Madre, Dios se complace en embellecerla con toda clase de virtudes.

Amaenas

Virtutum formas florigerasque gerens. (8)

Para que pudiese ostentar dignidad tan excelsa, ninguna gema podía faltar en su corona, ningún bordado en su manto de reina, ninguna flor en el canastillo de aljófares de su corazón virginal.

Que vos sola sois aquesta  
En virtudes virtuosa,  
En gracias siempre graciosa,  
Pues Dios en vos se recuesta. (9)

En el orden de la intención divina la Maternidad es el fundamento de todas las perfecciones de María.

Lapis pretiosissimus in corona Imperatricis coelestis. (10)

En el orden de la ejecución, ya es otra cosa. En el orden histórico, la primera gracia que admiramos en la Virgen es su pureza original. La Niña escogida entre millares (11) aparece en la tierra sobre un trono de candores, *tota dealbata* (12)

Para esperar la venida de su Hijo

Vistióse de blancura y luz serena. (13)

Blancura que supera a las de las nieves sin mancha que coronan las cimas elevadas de los montes eternos. Luz que obscurece el brillo de las estrellas fulgurantes, la claridad amable de la luna misteriosa, el fuego deslumbrador de los soles en su apogeo.

Radiis caedit clara luna tuiis  
Luna suum perdit tecum sociata nitorem,  
Atque comes nullum sol tibi lumen habet. (14)

La Hija del Eterno es *ignis tota*. (15) Nace  
vestita di color di fiamma viva... (16)

Si entonces no es de hecho la Madre del Altísimo, ya puede ostentar otro título no menos glorioso. Es *amica immaculata Trinitatis*. (17) La única criatura

Que es plena de gracia e quita de diçión. (18)

Su nombre: ¡Inmaculada!..

De esta cualidad esplendorosa nacen todas las excelencias de su vida «come rivoli dal fonti.» (19) En este privilegio

encontramos el origen de todos sus otros privilegios, sin excluir la Maternidad divina, que es el colmo de su excelencia. (20) El basta para que le llamemos, con uno de sus modernos apologistas «l'Enfant du miracle.» (21) Por él se hace tabernáculo, habitación digna de Dios. (22) Sin él jamás el Hijo del Eterno la hubiese tomado por Madre. (22) Porque María es Inmaculada,

todo el tesoro de Dios  
nace de una Virgen pobre. (24)

La maternidad divina y la pureza original son dos gracias inseparables. Son como la flor y el fruto de la grandeza de la Virgen. No podemos saborear las dulzuras del segundo, sin recrearnos antes con la fragancia de la primera. Son la disposición y la forma; (25) la promesa y la realidad. Si el alma tierna de la Virgen hubiese tenido alguna mancha, Dios hubiera escogido otra Madre exenta de pecado. (26) Para ser Madre del Verbo, era necesario ser como María,

tan del todo toda buena. (27)

Es tal la santidad, la limpieza de la Virgen en el primer instante de su ser, que

el oro puro  
es en su comparación,  
como cieno de abusión,  
muy oscuro, (28)

Por eso, cuando el Padre de las Misericordias, en un exceso de su amor por los hombres, envía a la tierra al

helado y hermoso  
Pastorcico nuevo, (29)

que debía conducir, sobre sus hombros, las ovejuelas, que vagaban sin rumbo en los eriales de la vida, esa Virgen única, la Niñita graciosa, (30)

Aurora solis praevia, et Dies noctis nescia, (31)  
lo recibe en su seno como en un altar, (32) y cuando el Niño del Altísimo se hace Niño de la Niña, (33) antes de que Esta se recree en

su rostro de mosquetas fabricado (34)  
y dulcia strictim bassia sub labiis  
Deique verique hominis impresserat  
ori, (35)

El desgrana en sus oídos candorosos las notas dulcísimas de esta súplica cálida y amorosa:

Mi padre me envía, Madre,  
a que me vistais aquí. .  
Yo me contento que sea  
de un limpio y pardo sayail (36)

y Ella le ofrece, como humana vestidura, su carne con blancos lirios amasada, sayal de gloria, que Ella sola puede ofrecerle, por que es la única que pudo vencer  
al demonio torpe y feo. (37)

Ved como en verdad puede decirse  
que lo bajaron de cielo  
pecados, María y amor. (38)

Este es primer triunfo de la Inmaculada:  
Atraxit Dominum,  
ut terminum nobis daret exilium (39)

Sus ojos de paloma,  
gli occhi da Dio dilecti e venerati, (40)

cielos sin nubes, donde clarea la aurora de su inicial limpieza, hacen que vuele al seno de María el Unigénito del Padre para que allí

junte Dios con gran dulzura  
lo divino con lo humano. (41)

Así tiene lugar la obra sobrehumana de la Encarnación. Tal es el prodigio estupendo realizado por la omnipotencia suplicante de la Niña sin mancha...

¡Sólo de esta Virgen pura!  
ésto se puede esperar!... (42)

*Joaquín Beralta Valdivia*

Canónigo Penitenciario

(Continuará)

(1) Terrien. La Mère de Dieu. Lib. 2.<sup>o</sup> c. 2. p. 147. (2) Sebastián de Córdoba. (3) Psalt. min. (4) Gregorio Silvestre. (5) Suarez de Myst. V. Ch. disp. I sec. 3 n. 4. T. 19 Opp. (6) Terrien. (7) S. Ag. Lib. de Nat. et Grat. c. 37. (8) Juan Gcóm. Hym. (9) Las Cortes de la Muerte. (10) S. Ildef. Cor. B. V. (11) Blosio cit Mar. Quot. p. 603. (12) S. Buen. Psalt. B. M. (13) D. Luis de Rivera. (14) Bern. de Busto in Lozan. Apol. c. 27 (15) B. Amad. in Mar. (16) Dante. Purgat. c. 30. v. 33. (17) Blosio. (18) Berceo. (19) Card. Gennari. L'Immac. Conc. p. IV. (20) El mismo p. V. (21) Terrien. (22) S. Met. Orat. de Simone et Anna. (23) Raim. Lulio. Quest. in III. Sent. c. 96. (24) F. Pedro de Padilla. (25) Suarez. (26) S. Teod. Stud. Hom. in Nat. B. M. (27) F. Hernando de Talavera. (28) F. Ambrosio Montesinos. (29) Lope de Vega. (30) Dion. Cartus. in Mar. Quot. (31) P. Venerab. In hon. M. D. (32) Albert. Magno in Mar. (33) Lope de Vega. (34) D. Luis de Rivera. (35) Paul. Aquil. de Simeon. (36) Alonso de Ledesma. (37) Quevedo. (38) Lic. Ubeda. (39) S. Buen. Laus B. M. (40) Dante. Parad. (41) Diego Cortés. (42) P. de Padilla.



## NOTAS EUCARÍSTICAS

# En nuestro laboratorio

**P**OR medio de concienzudos estudios, ya por el análisis, ya por la síntesis, han llegado los antiguos y modernos alquimistas a inquirir, investigar y saber las causas segundas eficientes, instrumentales y ocasionales, de todos los cuerpos simples y compuestos, de las reacciones de unos y otros, de la sorprendente transformación de la energía potencial en actual y de ésta en la primera. Todas las causas que para producir tales efectos se consideran como agentes, parecenme como humo que obscurece a los sabios para que no hablen nunca, cuando de Química se trata, de la causa primera y final de todo lo creado; y tanto más es de lamentar esta omisión, cuanto que, a cada instante y en cada reacción, se pueden admirar innumerables semejanzas de la Causa ejemplar de todo lo criado, y de todo aquello en que lo criado se ha de transformar; pues nada más que cambios, y no nuevas creaciones de la materia, son todos los fenómenos que en esta ciencia admiramos.

Establécese, como tesis, ser causa de las variaciones de estado, de los cambios de sólido a líquido o gaseoso o a los intermedios de viscoso y radiante, la fuerza repulsiva que predomina sobre las de cohesión y afinidad de moléculas y átomos; y de los cambios verificados en la constitución íntima de los cuerpos, ser causa la mayor o menor afinidad que sus elementos componentes tienen en la substancia que



formaban o en la que entran a formar, con propiedades esencialmente distintas en el cuerpo resultante a las que gozaban antes de su combinación, cuando se unen en proporciones definidas.

Adúcese, como razón de algunas reacciones, la acción de masa, la de presencia o catalítica de algunos cuerpos; las reacciones endotérmicas y exotérmicas de los mismos, sin que a nadie venga a las mientes la causa ejemplarísima y el prototipo de todas las cosas creadas. ¡Qué fácil, parece, sería explicar las reacciones químicas por la Causa primera, y ésta qué admirablemente sería predicada por aquellas!

¿Quién no ve en cualquiera reacción, en la obtención del oxígeno, por ejemplo, valiéndonos de la oxilita, o en la obtención del alcohol etílico de la glucosa, por la fermentación de los compuestos nitrogenados, cuyos gérmenes microscópicos puede aportar el vino o el mosto, una imagen del Ejemplar de todos los seres una semejanza del que es inmutable por esencia? Al molde de este prototipo divino se habían de conformar todas las criaturas y así como El no se aniquila, así tampoco puede aniquilarse la materia de que nos valemos en la obtención ya de los elementos, ya de los cuerpos que de éstos se componen; mas como El no se muda por su divinidad, inventó una especie de mudanza que, desde la eternidad, pudo tener presente como imagen y prototipo de las reacciones químicas. En efecto; si observamos la transformación de la materia oxilita y agua en oxígeno, facilmente vemos, que el cuerpo resultante tiene propiedades y caracteres distintos de los componentes, imagen de la transubstanciación que se verifica, convirtiéndose la substancia de pan y vino en el cuerpo y sangre del que es el prototipo y causa ejemplarísima de todo lo criado, Cristo Jesús.

En la referida combinación química, la obtención del oxígeno es el resultado o suma de calorías de los trabajos mecánicos, físicos y químicos que se operan, como la trituración, cambios de estado, reducción, etc. En la transubstanciación, la presencia real del cuerpo y sangre de Cristo es el resultado y como la suma de todo el amor divino que demostró en los trabajos de su pasión, de su humildad, de su obediencia hasta la muerte o privación de su vida corporal.

Aún hay más. En la combinación antes citada hay tal reacción, exotérmica, que, para evitar grandes riesgos de explosión del aparato, hay que tener ciertas precauciones, como escoger que éste sea construido de materia de especial consistencia o colocar vidrio dentro de él. En la Eucaristía se produce tan encendido amor exotérmico que explota, si se me permite la frase, o mejor, muere Cristo místicamente en cada sacrificio eucarístico, por dicho amor a las almas; y tan encendido amor endotérmico, que los vasos que lo reciben, que son las almas, explotarían también, dando su vida en el sacrificio o en el martirio, si de veras se dejaran influir por el amor eucarístico.

Uno de los experimentos curiosos que se hacen con el oxígeno obtenido, es introducir en una atmósfera del mismo una bujía apagada que conserve un punto en ignición, y se la vé rápidamente inflamarse con una llama muy brillante; si se introduce una hélice de hierro que esté en las mismas condiciones de ignición admiramos, que el oxígeno le hace arder con llamas brillantes, y combinándose con él forma el óxido ferroso férrico o la magnetita, cuerpo, que está dotado en algunos ejemplares de la fuerza de atraer al hierro, níquel y demás cuerpos magnéticos. Semejanzas son estas, muy adaptadas a los efectos de la Eucaristía. Los que la reciben, aunque estén próximo, a apagarse en la virtud, con tal que conserven un punto en ignición, esto es, un poco de fé, disponiéndose con las disposiciones que manda la Iglesia, se encienden en las virtudes con llamas tan brillantes, que pueden iluminar a los demás en las verdades de la religión; y, aunque duros como el hierro, se pueden fundir con Jesus amor, de tal manera, que imantándose con El, pueden imantar y atraer a los demás pecadores por muy duros que sean, aunque se parezcan al hierro y a los demás metales magnéticos.

Para no hacernos largos, continuaremos (D. m.) esta cuestión otro día.

Dr. Campillo.

D. Manuel Campillo  
Sacerdote de Almería  
P.ico Ferrero de S. Sebastian  
en Almería



(Continuación de la página 4).

El Sr. Obispo de Ciudad Real bendice la nueva publicación mariana.

El Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla también la bendice, porque espera que ha de producir abundantes frutos en las almas.

También ha recibido la bendición del Excmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza.

Del Excmo. Sr. Obispo de Lérida son las siguientes palabras:

«Para mí nada puede haber más grato que cuanto redunde en honor de la Sma. Virgen. Saludo al M. I. Sr. Director de ESCLAVA Y REINA, lo felicito por su hermosísima iniciativa y le envío mi cordial bendición a fin de que lo estimule en su labor mariana».

El Excmo. Sr. Obispo de Santander, después de manifestar las simpatías que siente por la nueva Revista ESCLAVA Y REINA, bendice al Director y Redactores de la misma.

El Excmo. Sr. Obispo de Guadix bendice gustosísimo a ESCLAVA Y REINA y a sus Redactores.

Del Excmo. Sr. Obispo de Cuenca son las siguientes frases: «Apruebo y bendigo la Revista ESCLAVA Y REINA porque ha de producir abundantes frutos en las almas».

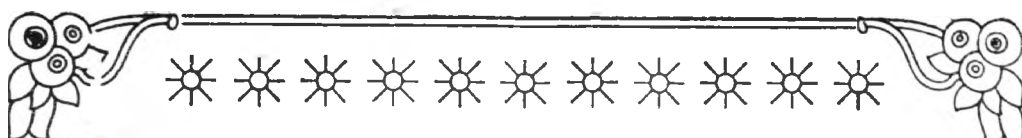
Con frases que rebosan ternura paternal y que más demuestran la bondad de su alma que la de nuestra humilde obra, nos alienta, nuestro amadísimo Prelado el Excmo. Sr. Obispo de Almería.

Inútil es decir cuanto agradecemos las frases que a nuestra Revista dedican los Excmos. señores Prelados, cuya aprobación y bendición es garantía de acierto en el fin que nos proponemos.

La Redacción.



NO HAY INCONVENIENTE EN QUE REMITAN LAS LIMOSNAS EN SELLOS DE CORREO DE 0'15.



# ESCLAVA Y REINA

**D**ECÍAMOS en el número anterior que cuanto más esclava quiere hacerse la Stma. Virgen, más afirma su reinado, porque, cuanto más corresponde a los designios del Señor, se pone en mejores condiciones para ser la corredentora y, por consiguiente, la Reina elegida para, con el Rey Eterno, gobernar a la humanidad en el orden de la gracia.

El *fiat* de Dios, dice Sto. Tomás de Villanueva, como fué la causa eficiente de todas las cosas, le dió el título de Dueño y Señor de todo lo que existe; el *fiat mihi secundum verbum tuum* de la Stma. Virgen, como era condición para la Encarnación del Verbo, dió a Maria Inmaculada el título de Señora de la restauración humana.

Del consentimiento de nuestra Madre dependía la Redención, por lo cual dice Sto. Tomás de Aquino, que, si Ella hubiese regateado su consentimiento, o si éste no hubiese sido tan absoluto y completo como estaba previsto desde *ab æterno*, hubiera peligrado nuestra redención; de la misma manera que si Eva no hubiese consentido las malévolas insinuaciones de la serpiente no hubiese entrado la muerte en el mundo. Mas, como para restaurar se necesita mayor esfuerzo que para destruir, el consentimiento de Maria debió ser más rendido a la voluntad del Altísimo, que el consentimiento de Eva a las sugerencias de la serpiente.

Eva, consiente en la tentación, porque cree que se hará semejante al Altísimo, es decir, busca su exaltación, y por esto cae en la desgracia y en la ruina moral. Pero la Santísima Virgen consiente como Esclava, esto es, con toda humildad, y, por eso, precisamente, adquiere el título de Reina y se hace casi divina al ser exaltada por el que es todo poderoso.

Santo Tomás de Villanueva ponderando el *fiat* del Señor

en la creación de las cosas y el *fiat* de la Stma. Virgen para la encarnación del Verbo, supone el de ella más eficaz y poderoso que el de aquél, por cuanto el término del *fiat* de la Inmaculada es Dios, puesto que éste era el que había de encarnarse. y el del *fiat* del Altísimo son las criaturas.

Y si la soberanía se mide por el poder, imaginémonos la soberanía y realeza de nuestra Señora, sabiendo que, porque Ella consintió y dijo *fiat*, se realizó la encarnación del Verbo, quedándole éste sujeto en cuanto humanado y con él todas las cosas.

No hay reinado más amplio, no hay soberanía mayor, y todo porque dijo: *ecce ancilla Domini*; mientras Dios, haciéndose carne en Ella, parecía decir: *ecce Mater mea*.

Cuando los hombres depongan su soberbia y se declaren dependientes del Señor, y sólo deseen que se cumpla en ellos la voluntad del Altísimo, se habrán hecho, por lo menos, dominadores y reyes de sí mismos, que es la base indispensable para reinar con Cristo.

---

## PENSAMIENTOS

---

Vivir sin Dios es el suicidio moral del hombre. Vivir sin devoción a la Stma. Virgen es procurar ponerse en condiciones para suicidarse, porque no hay unión con Dios, ni se reciben las misericordias del cielo, sino por María.

El barómetro de la piedad es la devoción a la Stma. Virgen, porque siendo Ella la que más habla al alma, quien no siente devoción hacia Ella, prueba tener un corazón insensible, al que Dios desprecia y arroja de su boca, según se dice en la Sagrada Escritura, como cosa repugnante.

A Jesús hay que ir por María, como Jesús vino por Ella. Los protestantes que no reconocen la mediación de María, ¿cómo se unirán con Jesús?

Entre las devociones a María las más delicadas son las tenidas a su concepción inmaculada y a su niñez, pues son las que menos hablan a los sentidos y las que más sentimientos de ternura producen en el alma.

*Franco S. Marón.*

## La Religión y el mundo actual



o sería posible permanecer callado en presencia de la actual conflagración europea, tantas veces presentida y anunciada, y, por desgracia, hoy tristísimo hecho, que dejará grabada, sobre la haz de la tierra, la más negra página de fuego y sangre, para eterno deshonor de las naciones, que tanto se han gloriado en su nunca superada civilización, al decir de ellas mismas.

Es verdad que se necesitan alas de gigante, mirada de águila y luz de genio para remontarse sobre las vehementes pasiones que luchan en el seno de las sociedades beligerantes y neutrales; es bien cierto, que, sin gran presencia de ánimo, difícilmente se podrá conservar la serenidad indispensable para formar juicio exacto a cerca de las causas que motivaron esas grandes ruinas materiales, artísticas, intelectuales, morales, sociales y religiosas, que siembran los fértiles campos y las populosas ciudades de fría desolación y muerte aterradora, o levantan, ebrias de odio, grandes pirámides de escombros, últimos testigos de una falsa civilización, que a sí misma se caba su propia fosa, con satánica locura, en las horrendas cavernas de esta hecatombe, engendrada por la soberbia de las naciones falsamente cristianas o renegadoras de Cristo.

Difícilmente, se llegará a pensar con juicio recto el estado de cada una de las naciones que toman parte principal en tan extraordinaria contienda, y mucho menos el de todas ellas en conjunto. Y ¿quién será capaz de predecir hasta donde llegarán los desastrosos efectos de la encendida hoguera? ¿Quién valuará los provechosos resultados que traerá al mundo el violento choque de tantos hombres y pasiones?

Escena inmensa, actores gigantescos, acción intensísima, donde se disputan las naciones los magnos derechos de vida o muerte, de honor o deshonor, de prosperidad o pobreza, de libertad o dependencia, de hegemonía mundial, al decir de muchos; lucha grandiosa en la que se contraponen todos los intereses: el oro, el valor, la cultura, la ciencia, la actividad, la previsión, el patriotismo, la administración, la organización, el arrojo del soldado, el talento del táctico, la osadía de la marina, los cañones, los proyectiles, los explosivos, la Física, la Química, la navegación aérea, la Filosofía, la Sociología, la Moral; en una palabra, todo cuanto tiene razón de fuerza, sea del orden que fuere.

Y por eso, sobre todas esas luchas, y cuantas se puedan enumerar más, está la lucha, de la fuerza de las fuerzas, la que es por atonomasia la savia vivificante de los hombres héroes, la fuerza motriz y reguladora de todas las demás; que flota sobre todos los apasionamientos, sobre todas las bajas miras, sobre todos los intereses creados, bien sean seculares, bien nacidos al calor de efímeras revoluciones sociales; la fuerza, diremos, en fin, que informa el modo de pensar y las costumbres de los hombres, que determina la orientación de los pueblos en la vida internacional y que presta los fundamentos para las supremas resoluciones sociales. Esa fuerza es el origen y el fin de todo desarrollo de la Humanidad, ora sea ésta consciente del supremo papel que representa sobre la tierra, como criatura dependiente de Dios, ora trate, en su loca soberbia, de sacudir el yugo de la divina ley, tornándose arreligiosa; pues, para conocer los destinos de la humanidad sobre la tierra, siempre será verdadera aquella sentencia de Bossuet en la que se afirma «que el hombre se mueve y Dios lo dirige». Y, para decirlo de una vez, creemos, como verdad incontrovertible, que las creencias religiosas son las que impulsan, dirijen y conducen a los pueblos a la prosperidad o a la ruina, a la gran-

deza o a la ignominia, a la civilización o a la barbarie, al odio o al amor, al bien o al mal; la religión, diremos para concluir, que si es verdadera, engrandece las naciones, y, si falsa, las conduce a los más crasos errores y a los más nefandos vicios.

De aquí se desprende el punto de vista bajo el cual nosotros queremos hacer incesantes consideraciones acerca del estado social de los pueblos, de sus causas y de sus efectos universales y aun particulares, cuando nos refiramos a los individuos, a las familias o a nuestros pueblos especialmente o a la suma de todos ellos que constituyen nuestra patria española.

No hemos de tratar la guerra, sino como un efecto de la religiosidad o falta de religión de las naciones; no hemos de averiguar la causa o causas inmediatas de esta inmensa catástrofe, ni sus efectos políticos, económicos, militares, etc: la estudiaremos como una de tantas derivaciones del estado de conciencia de los pueblos, antes de la guerra. Como no sea por incidencia, no nos hemos de preocupar de los cambios que puede sufrir el mapa, ni de quien gana ni pierde...

No queremos decir con esto, que, cuando sea preciso o conveniente, no manifestaremos nuestra opinión respecto a cada uno de los asuntos anteriormente denominados o declarados como accesorios, pues, si no tratamos estas cuestiones, no es porque nos espanten las bajas amenazas ni las listas negras de éste o de aquel bando; es porque todo esto lo consideramos mezquino en comparación de los intereses de Dios y de su Cristo, fundador divino de la única verdadera Iglesia, que tiene por Cabeza visible al Romano Pontífice, piloto soberano de las naciones grandes y pequeñas, a las que desea conducir por el camino de la verdadera felicidad y grandeza.

Queremos, en cuanto lo permita nuestra pequeñez, estar sobre tantas y tan grandes pasiones como agitan los humanos corazones en nuestros días; deseamos estudiar a las sociedades en la cuna donde nuestra Soberana Reina acaricia, por primera vez, con sonrisas de ángel y miradas de cielo, al hombre extraviado; suspiramos, con todas las veras de nuestras almas, porque llegue pronto el feliz día en que brille sobre el mundo el Iris de paz, y en que todas



las naciones sean encerradas en el arca de la alianza del Corazón inmaculado de Maria Niña, en donde se abracen con verdadera fraternidad, al contemplarse hijas de una misma Madre, y ésta toda amor y dulzura, y así depongan su fiereza, y canten el himno nuevo del triunfo de los corazones niños, forjados en el pecho de Maria recién nacida.

Convencidos de que, encendió la inmensa hoguera que amenaza reducir las naciones a pavesas, la irreligión de Francia, el protestantismo de Alemania y de Inglaterra, el cisma de Rusia, el Mahometismo de Turquía, y, por decirlo de una vez, la falta de catolicidad práctica de las naciones de esta vieja Europa, quisiéramos emplear todos los momentos de nuestra vida en clamar a las naciones, para que se hagan más fervorosas católicas o para que vuelvan de nuevo al seno amoroso de la Iglesia Santa, de la que se apartaron en nefasto día, que por siglos de siglos llorará la Humanidad.

Mas bien sabemos que este paso es propiamente divino, y que sólo por héroes puede ser dado. ¿Dispondrán acaso a los hombres los férreos embates de la guerra, dados sobre el corazón de los pueblos, para que, depuestas todas las ambiciones y despreciadas todas las avaricias, y purificadas todas las carnalidades, el hombre, grande, por la caridad verdadera a Dios, y niño humilde, por la consideración de su propia flaqueza, se torne feliz al regazo del Catolicismo?

Plegue a Dios que así sea.

*Mirasol.*

*(Continuará.)*



SE RUEGA A LOS SRES. SACERDOTES QUE RECIBAN  
ESTA REVISTA LA DEN A CONOCER A SUS  
COMPAÑEROS.



## De cómo los hombres hemos de ser semejantes a Cristo para salvarnos

### I

EL VERBO DIVINO IMAGEN SUBSTANCIAL  
DEL ETERNO PADRE : : : : : :

«El fin próximo de todo agente es comunicar la semejanza de su forma a otro sér». (1) Dejar grabada nuestra imagen en otros seres; he aquí la más íntima ley de la humana naturaleza. Y si el que ha dado al hombre y a los demás agentes la facultad de imprimir la propia imagen en otros seres, ha sido el Hacedor Supremo, ¿cómo tendrá El en sí mismo esta facultad? Siendo El agente infinito, perfectísimamente ha debido grabar su imagen en otro que sea infinito como El, Dios con El, «esplendor de la gloria divina y figura de su substancia,» (2) «el candor de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios. (3).

De esta perfectísima imagen de Dios nos habla el Evangelista S. Juan, cuando, como verdadera águila de los cielos, se remontó hasta el seno de la infinita esencia, y, arrebatado en alas de una sabiduría toda divina, exclamó: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios». (4).

Nuestra santa madre la Iglesia en el Concilio Niceno nos enseñó a decir, que es el Verbo «el Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no hecho, consubstancial al Padre.» Página sublime que supera toda humana sabiduría y ante la cual reverentemente nos postramos para adorar la

Verbo de Dios, elevando al mismo tiempo en lo más íntimo de nuestra alma el himno, jamás interrumpido, de acción de gracias a este Divino Verbo, por que todas las cosas por El fueron hechas, y nada de lo que existe fué hecho sin El. (5)

## II

DE CUAL SEA LA SEMEJANZA DEL HOM-  
BRE CON DIOS : : : : : : : : : : :

Conviene que distingamos los conceptos de imagen y semejanza, ya que de esos dos modos, según la sagrada Escritura, hemos recibido de Dios el sello de nuestro divino origen. El angélico Doctor dice a este propósito: «El hombre es imagen de Dios, según su naturaleza intelectual, por cuanto ésta puede imitar a Dios en que El se conoce y ama a sí mismo. De tres modos puede considerarse la imagen de Dios en el hombre: 1.º En cuanto que éste tiene aptitud natural para conocer y amar a Dios; esta aptitud consiste en la misma naturaleza de la mente, que es común a todos los hombres. 2.º También está la imagen de Dios en el hombre en cuanto éste, en acto o habitualmente, conoce y ama a Dios, pero imperfectamente. El tercer modo de estar la imagen de Dios en el hombre es, cuando éste en todo momento conoce y ama a Dios perfectamente, o según la semejanza que se adquiere de Dios en la gloria. De aquí, que exponiendo aquellas palabras del salmo cuarto: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*, la glosa ordinaria distingue tres maneras de estar la imagen de Dios en el hombre, a saber: de creación, de redención y de semejanza. La primera, continúa el santo Doctor, se halla en todos los hombres; la segunda o sea la de redención o recreación, es propia de sólo los justos; la tercera es la imagen que tienen de Dios los bienaventurados». (6)

A poco que se reflexiona, fácilmente se comprende que la imagen de creación, es natural, y, por lo tanto, *inamisible* y *común* a todos los hombres. La segunda imagen de Dios,

o de redención, es la impresa en el alma por la gracia santificante, y así como ésta puede perderse, así también aquella desaparece de nuestro espíritu, con lo que dejamos de ser hijos de Dios y herederos de su gloria. Esta segunda imagen es *amisible* y *particular* de los justos. La tercera es también *particular* de sólo los que viven en la Patria y es *inamisible*.

Resulta, pues, que la imagen primera no la hemos de procurar ni hemos de temer perderla, nos pertenece por derecho de creación; que la segunda la hemos de procurar a toda costa y hemos de cuidar no perderla; y que la tercera se consigue no perdiendo la segunda, pues, siendo propia de los bienaventurados, y entrando en el cielo solamente los que mueren en gracia, ésta es la que hemos de procurar conservar hasta el fin. Y como también sabemos, que, de la mayor perfección de la gracia, depende nuestro mayor grado de gloria, debemos poner de nuestra parte, cuanto nos sea posible, para acrecentarla, atendiendo constantemente a nuestra vocación de cristianos, para que no hagamos vana en nosotros la gracia de Dios.

Para concluir esta clarísima doctrina, diremos, con el mismo angélico Doctor, que la *imagen* que Dios ha impreso en nosotros la consideramos en relación con nuestra humana naturaleza; y la *semejanza*, como la perfección de aquella imagen, mediante la virtud, en cuanto es posible al hombre, dice el Damasceno; esto es, que a la semejanza, continúa santo Tomás, pertenece el amor a la virtud, pues no hay virtud sin amor a la misma. (7)

El hombre, por consiguiente, después del pecado, conservó la imagen de Dios, aunque deteriorada, como nos enseña el concilio de Trento; pero sí perdió la semejanza, por lo que S. Dionisio llama al pecado el *hábito de la desemejanza impreso en el hombre*.

«Si atentamente consideramos el principio de la humana existencia, diremos con S. León, para concluir, que fuimos hechos a la imagen divina, para que imitásemos a nuestro Hacedor; por eso toda la natural dignidad del hombre consiste en que resplandezca en él, como en un espejo, la forma de la Divina bondad»...

## III

EN CRISTO, COMO HOMBRE, Y EN MARÍA  
ESTÁ LA MÁS PERFECTA SEMEJANZA DE  
DIOS, Y DE ELLOS HEMOS DE RECIBIRLA  
TODOS LOS HOMBRES : : : : : :

Mas el Verbo de Dios, por la salvación de los hombres, descendió del Cielo y se hizo carne y habitó entre nosotros»; (8) por que «Dios después de hablarnos mediante los patriarcas y profetas, quiso manifestársenos en su propio Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas.» (9) «El es la imagen perfecta de Dios invisible, el Primogénito de toda criatura,» (10) «en él vive corporalmente toda la plenitud de la Divinidad,» (11) y en él de tal manera ha puesto Dios su propia imagen, que el Verbo Encarnado pudo decir de sí mismo a uno de sus apóstoles: «El que me ve a mí ve también a mi Padre» (12). Por este motivo, el mismo Dios nos ha hecho saber que en Cristo tiene todas sus complacencias.

Y es así, porque la naturaleza de Cristo, Dios y Hombre, lleva en sí natural exigencia de ser el más perfecto de los seres; la unión hipostática eleva a Cristo a la más íntima unión con la Divinidad, y, la más o menos estrecha unión con Dios determina el grado de perfectibilidad de las criaturas.

Por otra parte, El es el que tiene, por naturaleza, la plenitud de toda gracia y verdad y por eso su gloria es como la del Unigénito del Padre, y sobre El descansó el Espíritu del Señor al decir de Isaías.

Y para no tener que volver sobre estas razones, repitiéndolas, por lo que se refiere a María, como la perfectísima imagen de Dios, que resplandece en pura criatura, recordaremos que lo que se dice de Cristo por naturaleza, se dice de María por gracia; que ella, por la unión maternal, es la más íntimamente unida a Dios, después de Cristo; que ella es el conjunto de todas las gracias merecidas por su Hijo; y que esta perfecta imagen, le corresponde, en fin, por razón de su oficio de Madre de Dios.

«Y lo conveniente era, dice la madre Agreda, que todos los divinos atributos se estrenasen en ella, sin que se le negase alguno en lo que ella era capaz de recibir para ser sólo inferior a Cristo nuestro Señor, y superior en grados de gracia incomparables a todo el resto de las criaturas capaces de gracia y dones.»

La misma madre Agreda hace el resumen de lo anteriormente dicho, con estas palabras. «La primera y más admirable imagen de la mente de Dios, después de la eterna generación, fué la de Cristo, y luego la de su Madre.»

Réstanos traer a la memoria, la evidente doctrina, consecuencia de lo ya dicho, de que los hombres hallaremos toda nuestra perfección imitando a Cristo y a susantísima Madre.

El mismo Jesús nos dice, que El solo es el Maestro y que de su ejemplo debemos todos aprender, desde lo ínfimo de la humildad hasta lo supremo de la caridad. El invita a todos los hombres a que lo sigan, negándose a sí mismos y tomando la cruz. El llama a los que están atribulados y cansados.

El Apóstol decía a los romanos, que todos los predestinados habian de conformarse a la imagen del Unigénito del Padre. Y, como si quisiera explicar estas anteriores palabras, dijo a los de Efeso:» en la escuela de Jesucristo hemos de aprender a desnudarnos del hombre viejo y a renovar el interior de nuestras almas, revistiéndonos del Hombre nuevo que ha sido criado conforme a la imagen de Dios en justicia y santidad verdadera, hasta que, como dice en otro lugar de este mismo capítulo 4.º, arribemos todos a la unidad de la misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta, según la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros.»

Y para dar por terminada esta parte de los prenotandos que exige la materia que hemos de tratar en los capítulos de este libro, recordaremos algunas frases del B. Grignión de Montfort, ya que toda su obra se reduce a enseñarnos el modo de grabar en los hombres la imagen de Cristo, conformándolos a El en el seno de María.

He aquí las palabras de nuestro vidente: «No trabajamos, como dice el Apóstol, más que por hacer perfecto a todo

hombre en Jesucristo... Dios no ha puesto otro fundamento de nuestra salvación, de nuestra perfección y de nuestra gloria que a Jesucristo».

«Si, pues, nos entregamos a la hermosa devoción hacia la Virgen Santísima es sólo para establecer más perfectamente el amor de Jesucristo... pues esta devoción nos es necesaria para hallar a Jesús perfectamente»...

«Dios Espíritu Santo quiere formarse en María, y formar por ella a los elegidos».

Imitando, pues, a Cristo y a María hallará la Humanidad la perfección que tanto anhela, y que busca por sendas tanto más torcidas, cuanto está más apartada del que es el camino, la verdad y la vida, y de la que es perfectísimo ejemplar de toda belleza, porque la ha hecho grande el que es todopoderoso.

*Infimo.*



(1) Sum. 2-2<sup>a</sup>, 123, 7, 8. (2) Heb.—1. (3) Sab.—7.—26. (4) S. Juan.—1.—1. (5) S. Juan.—1.—3. (6) Sum.—1.—93 —4.—c. (7) Sum.—1.—93.—9.—c. (8) S. Juan.—1.—14. (9) Heb.—1.—1. (10) Colos.—1.—15. (11) Colos.—2.—9. (12) S. Juan.—14.—9.

# CUESTIONARIO TEOLÓGICO



1.º Etimología y naturaleza de la Religión.—Santo Tomás, teniendo en cuenta las distintas etimologías que se atribuyen a la palabra Religión (1) dice, (2, 2. q. 81 a 1) «La religión bien se llame así de la frecuente y repetida lectura que el hombre hace de los deberes que tiene para con Dios; bien de la nueva elección que el hombre hace de preferir a Dios sobre todas las cosas, después de haberlo perdido por el pecado, o bien de la nueva unión que establece entre la criatura y el Criador, es indudable que la Religión significa relación de: hombre para con Dios a quien debe unirse como a principio indeficiente.

Pero, como releer, reelegir y religarse son actos de la razón, determinados por la libre voluntad, síguese, que la religión causa entre el hombre y Dios una relación moral, y no física, pues ésta la tienen con Dios todas las criaturas, por ser El criador y gobernador de todas ellas.

La Religión, si se considera objetivamente, es «complexus omnium veritatum et officiorum, quibus homo erga Deum obstrictus est». Si se considera subjetivamente, es «virtus moralis inclinans hominem ad acceptandas veritates et explenda officia, quibus erga Deum obstrictus est»

Aunque en absoluto la religión puede dividirse en natural y sobrenatural, historicamente no es más que sobrenatural, pues, por la revelación, y no por los esfuerzos de la razón humana, conoció el hombre las verdades y deberes que lo unen con Dios. Los que se han apartado de la revelación no han tenido más que conocimiento incompleto y lleno de errores respecto de las verdades y preceptos religiosos.

La religión revelada es en parte sobrenatural *simpliciter*, porque contiene verdades y leyes positivas, que solamen-



te podían conocerse por la revelación, y, en parte, es sobrenatural *secundum quid*, porque algunas de las verdades, que han sido reveladas al hombre, pudo éste conocerlas por su propia razón. (2)

La división que se hace de la religión, en verdadera y falsa, en judaica, cristiana, etc., es tan conocida, que no hay necesidad de tratar de ella.

2.º La religión es relación real respecto del hombre y de razón respecto de Dios. Relación es «modus accidentalis essendi, cujus essentia in ordine ad aliud consistit.» Se diferencia, pues, la relación de los demás accidentes, en que éstos importan orden o respecto al sujeto al cual han de unirse para poder existir, o sea *esse in*, y la relación envuelve respecto u orden a algo extrínseco al sujeto, o sea *esse ad*. De aquí se deduce, que, aunque todos los accidentes dicen relación a sus propios sujetos, porque sin sujeto no pueden existir, sin embargo, no son propiamente relaciones, aunque pueden ser fundamento de las mismas. (3)

La relación supone sujeto referente, término al cual se refiera el sujeto y fundamento de la referencia. Todo lo cual se dá en la Religión; pues existe Dios y el hombre: Dios haciendo misericordias al hombre y éste con deberes que cumplir respecto de Dios.

La relación es de razón y real. La primera no tiene más fundamento que la mera consideración de nuestra inteligencia, y, por consiguiente, no supone variación alguna en los términos relacionados; así en nada varían los géneros y las especies de las cosas, porque nosotros mentalmente los relacionamos entre sí. Relación real es la que se da entre dos términos realmente existentes, siendo también real el fundamento de la misma. Así la paternidad supone padre, hijo y generación. Si el fundamento de la relación real para el sujeto y el término de la relación, como en el ejemplo anterior, es real, entonces la relación se llama mútua, y envuelve modificación para los dos términos relacionados. — Si el fundamento de la relación es real para un término y de razón para el otro término de la misma, es decir, si uno de los términos recibe modificación por la relación y el otro no, entonces la relación se llama mixta; así sucede en la relación entre el sentido y el objeto sensible, éste permanece sin alteración, pero el sentido se modifica. Ahora bien, la reli-

gión supone modificación de parte del hombre, pues éste, por ella, adquiere el conocimiento de verdades referentes a Dios, de los preceptos que debe cumplir y recibe los auxilios espirituales para cumplir éstos. Pero, de parte de Dios, no hay modificación alguna, pues las gracias y misericordias que Dios concede al hombre en el tiempo, bien sea que procedan de un acto formalmente inmanente y virtualmente transeunte, o bien de un acto formalmente transeunte, estaban previstas y decretadas *ab æterno* y si *ab æterno* no se realizaron es, porque también estaba determinado el tiempo en que dichas gracias habían de concederse. No hay, pues, variación de parte de Dios. Luego la religión es relación real respecto del hombre que recibe la acción divina y de razón respecto de Dios que no se modifica. (4)

Pero, aunque la religión envuelva una relación de razón de parte de Dios, ésto no quiere decir, que Dios no tenga derechos *reales* para exigir al hombre el cumplimiento de sus deberes morales; pues, como dice Sto. Tomás: «cum ea ratione referatur Deus ad creaturas, qua creaturæ referuntur ad ipsum, et istæ realiter referuntur ad ipsum. Ergo jus Dei ad ipsas est realiter et non tantum rationis.»

Los que afirman que la religión supone relación real respecto de Dios, es porque, sosteniendo que no se distinguen el fundamento de la relación de los términos de la misma, defienden que las relaciones reales no envuelven modificación alguna en los términos relacionados.

3.º **La Religión ¿es relación predicamental o trascendental?**— Relación predicamental es la que hemos definido en el número anterior. Relación trascendental es el orden o respecto que tiene una cosa hacia otra, de la cual necesita intrinsecamente o para existir, o para completar su naturaleza específica, o para subsistir en un todo integral o para adquirir su perfección propia. (5) Luego la religión no envuelve relación trascendental respecto de Dios, puesto que es completísimo en su ser y en sus perfecciones. Muy pocos autores sostienen que se dá esta clase de relación en Dios, pero es porque defienden que ésta no significa indigencia en Dios, como la relación esencial entre las personas divinas no significa indigencia en ninguna de ellas. (6)

De la simple definición expositiva de relación trascendental se deduce que la religión envuelve esta relación res-

pecto del hombre, pues de Dios necesita éste para su propio perfeccionamiento (7) Pero adviértase que dicha relación implica solamente la necesidad y exigencia que el hombre siente de la religión natural, y no de la revelada, pues, de lo contrario, la religión sobrenatural no le sería gratuita, sino debida, lo cual es contrario a la fé.

4.º **Es necesaria, por consiguiente, al hombre y a la sociedad alguna religión** —Si el hombre tiene, relación transcendente con Dios, como ésta no puede tenerse ni mantenerse sin religión, síguese la necesidad absoluta que de ella tiene el hombre. «Idque necessario ex eo consequitur, quod in Dei potestate perpetuo sumus, Dei numine providentiaque gubernamur, ab eoque profecti, ad eum reverti debemus.» (8)

Por otra parte, la sociedad no puede subsistir tranquila y en condiciones de procurar su prosperidad sin religión, como Platón decía: (9) «omnis humanæ societatis fundamentum convellit, qui religionem convellit.» —Luego también es necesaria la religión para sociedad.

En efecto; el hombre, por la condición de su naturaleza, es decir, por ser criatura, necesita de Dios para su desenvolvimiento físico y moral; y por tener su fin, esto es, su último perfeccionamiento, en Dios, sin el cual su naturaleza queda como incompleta, necesita también de la religión. Con ésta, todas las facultades del hombre se perfeccionan: el entendimiento encuentra norte seguro y esfera amplia de verdades; la voluntad regla firme de moralidad, la cual, sin religión queda sujeta al juicio de los hombres (10) y la parte sensible de éstos, se eleva al mayor grado de espiritualidad posible, sometién dose a la voluntad racional por los estímulos de la religión.

Respecto de la necesidad de la religión para la sociedad, dice la Sagrada Escritura: «Gens enim et regnum quod non servierit tibi, peribit. (11) La sociedad es persona moral, y como tal, debe reconocer la dependencia que tiene de Dios, máxime, cuando históricamente está demostrado, que los pueblos, cuanto más se apartan de Dios, más se aproximan a su ruína. La religión, por otra parte, regula y fortalece los mútuos derechos y obligaciones de los súditos respecto de la autoridad y de ésta respecto de aquellos, no menos que los derechos y obligaciones de los ciudadanos entre sí.

¡Si los gobiernos se diesen cuenta de sus propios intere\*

ses serían los primeros en procurar el fomento de la religión verdadera.

Pero como no hay religión sin culto, pues éste no es más que el testimonio práctico de la suprema excelencia de Dios, y de la sumisión del hombre al Ser supremo, síguese la necesidad del culto, el cual no basta que sea interno, porque la naturaleza del hombre exige los actos internos y externos; además de que tanto el alma como el cuerpo los hemos recibido de Dios. Por otra parte, en todos los órdenes el hombre es dependiente de Dios; luego, aun socialmente, debe el hombre manifestarle su sumisión en prueba de la excelencia y soberanía divina, y, por consiguiente, también a Dios es debido el culto público. (12)

5.º **No puede haber más que una religión verdadera.**— La religión verdadera, bien sea natural bien sobrenatural, no puede ser más que una, pues la sobrenatural no es más que la perfección de la natural, ampliada con preceptos positivos y la natural se funda en las mismas condiciones naturales del hombre; es así que todos los hombres tienen las mismas exigencias naturales; luego la religión verdadera debe ser una para todos los hombres.

Además las religiones tienen doctrinas y prácticas contradictorias; es así que de las cosas contradictorias una sola puede ser la verdadera; luego la religión verdadera no puede ser más que una. En efecto; mientras el cristianismo sostiene el monoteísmo, el gentilismo sostiene la pluralidad de dioses; mientras el mahometismo tiene por base de su sanción los placeres carnales, el cristianismo propone como premio los bienes espirituales; etc, etc.

6.º **Obligación de la autoridad civil respecto a la única religión.**— En primer lugar, la autoridad civil debe ser la primera en practicarla, pues, aparte de que la autoridad, lo mismo que los individuos, dependen de Dios, *qualis rector est civitatis tales et inhabitantes in ea.* (Ecclesi. x, 2.) Debe defenderla y protegerla, porque, cuanto por ella haga, redundará en beneficio de la sociedad, cuya prosperidad debe ser su único anhelo, y no la conseguirá sino procurando la fidelidad justicia y amor entre los súbditos, por medio de la religión; porque aparte de que todos tienen obligación de aceptar la religión verdadera, no hay nada que más desuna a los ciudadanos que la diversidad de religión. Si las autoridades

civiles gobiernan en una sociedad que no está en posesión de la religión verdadera y tienen aquella noticia de ésta, deben procurar la predicación y conocimiento de la misma; porque, aunque el fin propio de su competencia es el bien temporal, de una manera indirecta ha de atender también al bien espiritual de los ciudadanos. Si la autoridad gobierna en una sociedad, que está en posesión de la verdadera religión debe evitar predicaciones y actos públicos en contra de ella; pues esto no significa imposición, sino procurar el orden; aunque pueden darse circunstancias que aconsejen cierta tolerancia para evitar mayores males.

7.º *Doctrina del indiferentismo, liberalismo y modernismo respecto a dicho punto.*—El indiferentismo y el modernismo refieren la necesidad de la religión al individuo, mientras que las teorías liberales, propiamente, se refieren al orden social.

El indiferentismo sostiene que el hombre es libre para ser o no ser religioso y que de su voluntad depende aceptar ésta o aquella religión. Estos dos principios son absolutamente falsos. El primero se opone a la necesidad que el hombre siente de la religión para el perfeccionamiento de su naturaleza, y el segundo está condenado, pues condenada está la proposición siguiente: *Homines in cujusvis religionis cultu viam æternæ salutis reperirent æternamque salutem assequi possunt.*

Inútil parece advertir que la religión falsa, tenida como verdadera por ignorancia invencible, hay que seguirla, porque en este caso equivale a cosa impuesta por conciencia cierta, la cual debemos seguir; pero adviértase que hoy es muy difícil admitir conciencia cierta sobre falsas religiones.

El modernismo, partiendo del agnosticismo, que es como su espíritu, tomando todo lo que se refiere a la religión como simbolismo subjetivo, debido a la imanencia del *sentimiento religioso*, que hay en la *subconciencia* del hombre, la cual debe sujetarse a la evolución de las ideas, viene, en último término, a confesar, que todas las religiones son igualmente buenas. Así lo declara Pío X en su encíclica *Pascendi*, cuando dice: *Neque id reapse modernistæ denegant, quin imo, suboscure alii, alii apertissime, religiones omnes contendunt esse veras.*

El liberalismo, que no es más que el indiferentismo apli-

cado al orden social, tiene dos manifestaciones: la radical y la mediatizadora. La radical, es completamente atea; de ella nace el laicismo en todos los órdenes sociales, por lo mismo que representa la ley sin Dios y el Estado sin conciencia; porque aunque éste sabe que la religión verdadera debe ser una, sin embargo, por hallarse la religión tan dividida en sectas, el estado se declara incompetente para determinar cual de las religiones o sectas conocidas sea la verdadera religión; aunque tal declaración sea una de tantas incongruencias de los estados modernos, pues, por otra parte, se reconocen a sí mismos los únicos competentes para conceder títulos académicos. Esta declaración está condenada, por León XIII, en su encíclica *Libertas*, 20, de Junio 1888 y por Pío IX en el *Syllabus*, en las proposiciones 16 y 18. La forma mediatizadora sostiene que los individuos deben profesar una religión; pero que el Estado no debe manifestarse partidario de religión alguna.

9.º **Tolerancia religiosa, dogmática y política.**—Como la misma palabra indica, tolerar es permitir. Tolerancia político religiosa se da cuando el Estado, encontrándose en su seno con ciudadanos, que pertenecen a varias religiones, en número casi igual, tiene conflictos de no permitir el libre ejercicio de las varias religiones. Esta tolerancia es permitida en circunstancias determinadas, pues, en éstas, la cooperación de la autoridad al pecado de los que no profesan la verdadera religión sería material, la cual es permitida en circunstancias graves.

La tolerancia dogmática consiste en el reconocimiento de que todas las religiones son igualmente buenas, y, por consiguiente, igualmente practicables, de donde nace la libertad de conciencia. La cual está condenada. *Hominis est eam amplecti religionem, quam rationis lumine quis ductus veram putaverit.*

9.º **A quien corresponde declarar la oportunidad de la tolerancia política.**—Si de los príncipes es gobernar y dirigir la sociedad, en lo que se refiere al orden civil, a la autoridad suprema de la Iglesia corresponde determinar lo que más conviene a los estados en el orden religioso. La tolerancia política es una de las que más atañen a la conciencia, y, por consiguiente, a la religión. No es, pues, ni a los particulares, aunque éstos formen partido, ni a la autoridad civil a

quien corresponde determinar si la religión está en tesis o en hipótesis, para deducir la conveniencia o no conveniencia de la tolerancia religiosa. Muchas veces, por adelantar juicios sobre este punto, personas y sociedades, bajo todos conceptos prestigiosas, perjudican, en lugar de favorecer—como son, sin duda, sus deseos—los intereses religiosos.

Por falta de espacio no se contesta a la cuestión segunda.

---

(1) Según Cicerón, la palabra religión se deriva de *religendo* (volver a leer); según S. Agustín y Lactancio de *reeligendo* volver a elegir) y según el mismo S. Agustín y Lactancio de *religando* (nueva unión). (2) Para ampliar estos conceptos puede consultarse a Hettinger (Teología Fundamental y a Mazzella (Lugares Teológicos). (3) De Mandato: Ontología. Parte III: Cuestión 16: cap. I. (4) Urráburu. — Teodicea, volumen II, pag. 681. Inquit Toletus: «possumus duas considerare actiones. Una inmanens quæ in subjecto terminatur. Altera transiens quæ agens operatur effectum exteriorem; et hæc est tota in passo. Deus hoc habet proprium, ut actione sua inmanente, agat etiam exteriora, nam dum intelligit et vult, res fit. Nec alia est in Deo actio quam volitio et intellectio, nec aliam habet potentiam exsequitivam præter voluntatem, quod si haberet tum actio esset extra ipsam in passo, sicut cum ignis calefacit». (5) De María; Ontología: parte 2.<sup>a</sup>: Cuestión V. artículo III. (6) Urráburu.—Teodicea: Volumen I: Disp. 2.<sup>a</sup>: artículo 6.<sup>o</sup> página 263, dice, que los que se sostienen que en Dios se dá relación transcendental respecto de las criaturas, es porque confunden esta cuestión con aquella otra que se suscita acerca de la conexión que hay entre la omnipotencia divina y los posibles. (7) De María defiende que la relación transcendental no es propiamente relación. Honorato del Val sostiene que las relaciones que nacen del hombre para con Dios no pueden llamarse puramente transcendentales, porque no se identifica con el ser, como lo bueno, lo verdadero, etc, pero que tampoco pueden llamarse puramente predicamentales, porque tienen su fundamento en la misma naturaleza de las cosas. (8) Enc. Libertas. Acta T. S. p. 229. (9) De Legibus. L. 10 (10) Enc. Libertas.—Acta T. S. pag. 225. (11) Is.: LX, v. (12) En gracia de la brevedad y por ser nociones facilísimas las ideas de culto interno, externo, privado y público, dejamos de exponerlas; por igual causa no hacemos nada más que apuntar las razones que prueban la necesidad de la religión para el hombre y la sociedad. (13) Ultima autem perfectio uniuscujusque, est in consecutione finis. Sum. I-103-1. c.